

REALIDADES FRENTE A IDEALIDADES. ENTRE DOS EPOCAS MUNDIALES

Nunca nos gustó el papel de profeta, ni aún el de futurista en materia como las relaciones internacionales, tan propicias, dentro de trayectorias por lo común prolongadas, a novedades a veces sorprendentes.

Lo que sí nos parece útil es el examen periódico del panorama internacional, forzosamente con óptica española, para distinguir las hipótesis, por razonables o comprobables que parezcan, de las realidades, incluso si éstas siguen ofreciendo claroscuro y borrones.

El mundo salió de 1945 destrozado en Europa y el Lejano Oriente, y afectado por el enorme esfuerzo bélico, en el resto. Los dos poderes mayores y más intactos, trazaron sus planes, en los que se mezclaban —y no por espontáneo desorden— las recetas de uso general y los designios de finalidad más unilateral, naturalmente al gusto y conveniencia de aquéllos. Coincidiendo en mantener un foro común, elásticamente incrementable, la ONU y sus derivaciones especializadas.

Coincidieron, al menos inicialmente en varios objetivos ardorosamente perseguidos: erradicación del «fascismo» e implantación de la democracia. Descolonización. Paz vigilada (aunque se la acompañara del rótulo del «desarme»). Cooperación internacional en los aspectos de más apremiante necesidad para implantar o restaurar la vida civilizada o mejorarla en donde subsistía. Y sin decirlo, de división del mundo en esferas de influencia hegemónica, rara vez compartida.

Pronto se vio que había muchos tipos de democracia de los que se enfrentaron dos, separados, por lo que se llamó «el telón de acero» y la frontera impuesta en Corea. Que había muchas maneras de descolonizar y también de recolonizar, confundiendo esto último con lo anterior. Que el desarme era utópico y la vigilancia de la paz propicia a roces y aun choques, ya que la aparición —no espontánea— de choques «limitados», con frecuencia bajo apariencia doméstica. Que la cooperación era costosa y se prestaba con escasa filantropía. Y que en definitiva, hombres y sociedades seguían siendo conflictivos de por sí, y más tras de una larga experiencia, avivada con excitaciones e intervenciones foráneas. Lo que se vio menos oscurecida por la floración

impresionante de organizaciones y constelaciones que engañaban a los dispuestos a dejarse llevar de las apariencias, cuya eficacia era más bien insuficiente para sus fines, y que para no disonar de las cancillerías estatales, también se hacían sordas y sórdidas competencias.

* * *

De 1945 a 1975 pasaron seis lustros en los que la Humanidad mejoró en algunos escenarios y problemas, y sobre todo respiró cada vez que se conjuró o solucionó algún conflicto de posible degeneración abierta, y al final atómica. En Europa se «liquidó» (?) el bloqueo de Berlín. En Asia se soslayó el colosal volteo de China, se concluyó la Nueva Guerra de los XXX Años, y el Oriente Próximo en llamas no se transformó en algo más. A otros acontecimientos se les prestó, indebidamente, menos atención: como el enquistamiento o arraigo del castrismo en el Caribe, paralelo a los nuevos rumbos del antes incondicional de Washington. Hemisferio americano. Y la subsistencia de la más drástica combinación proteccionista-industrial en el corazón de una desgarrada Europa (que empezó con seis y ha llegado a nueve con múltiples adherencias) suplantando el proceso natural de aglutinación gradual y graduada, sin vetos ni imposición de patrones. Más atención, pero no más profunda tuvieron episodios como la uniformidad del bloque prosoviético, fragmentado en Asia, que ahora intentan copiar con ardoroso fanatismo los europeos occidentales invocando a la maltratada Democracia y los tumultuosos rumbos de la Descolonización, desconocida en las Antillas menores, Groenlandia, Eritrea o Irian; maltratado en muchos de los «descolonizados» —desde el Indostán al Sahara— e invertida sorprendentemente desde Hawai a Tuva. En cuanto a las ayudas internacionales, gráficos, legajos y discursos han completado a los envíos de técnicos, productos o herramientas, y no han eliminado nunca las directrices u objetivos hegemónicos de los «generosos» con alguna que otra excepción confirmatoria, como el Plan Colombo. Quizá dentro de sus limitaciones, los menos desviados han sido los organismos creados entre los propios necesitados, como se ve en la ADECA y en el Grupo Andino.

* * *

De 1945 a 1975 —y lo que va de 1976— el mundo ha sido rico en episodios y no pobre en iniciativas. Pero en fin de cuentas persiste la reiteración casi monótona de los grandes móviles de la acción. inter-

nacional que impulsan los poderes más fuertes que tras apariencia pacifista son más expeditivos, y que naturalmente influyen en los grupos o combinaciones a los que dan su tono. Lo que ya es más novedoso —no sorprendente— es la desigualdad entre los resultados obtenidos en los varios campos de acción de aquellos poderes o grupos. Por supuesto, estamos en el tránsito entre dos épocas, y la que se dibuja es más complicada y difícil de vivir.

Así, los Estados Unidos siguen capitaneando a un grupo elástico y cambiante que se llama «Occidente» —fatídica palabra para los españoles desde que se incrustó en documentos diplomáticos de escasa felicidad para ellos, según nuestra apreciación— y que simultáneamente los repudia y los reclama. Es una «capitanía» (leadership) que les pesa; desde la derrota en Indochina, y que intentan graduar, sin excluir la posibilidad de eliminarla. Tendencia ésta en auge, y no de cambiar las perspectivas estadounidenses, poco corregible, lo que los europeos y otras gentes parecen olvidar o subestimar. El «Occidente», aparte de acreditar su pregonada unidad, ha de buscarse nueva cabeza o nuevo método de aglutinación jerárquica, para lo cual no parece el mejor, el conocido camino de apaciguar al discolo y castigar al sumiso. En el caso de España, objeto de simultáneas y contradictorias actitudes: proscribirlo, estimulando la discordia civil en su seno, pero utilizarlo por vía singularizada. Tampoco en el otro mundo reina la concordia, entre otras cosas porque por lo menos hay dos estilos y dos núcleos de actuación diferente al marxismo-leninismo, Moscú, el clásico no desligado del peso del heredado imperialismo zarista, y Pekín, el nuevo aún en efervescencia doctrinal. Aunque Moscú tiene la ventaja de la continuidad de metas y tácticas a través de las fases de dureza y coexistencia.

El llamado «Tercer Mundo» es un amasijo de poderes, ambiciones, programas vacíos, recursos, ausencias y contradicciones que obra más por la vía negativa y unilateral del hostigamiento —a «Occidente»— que por la positiva y compartida.

Hay otros mundos más confusos y difusos que pretenden encarnar corrientes doctrinales, pero revelan de vez en cuando su manipulación por poderes unilateralizados. Las internacionalizaciones clasistas, sobre todo marxistas, liberales, confesionales y del dinero, son tanto más eficaces cuanto más injerentes en la vida cotidiana de los pueblos a los que por regla general solucionan poco en sus problemas, pero les complican mucho en los ajenos. La prolongación de la enumeración sería penosa.

Pues bien, lo que desde 1975 a 1976 han sido errores o defectos tolerables para la salud del mundo, ya resultan en muchos momentos venenos insoportables. No es que creamos que la gravedad de todos los problemas mundiales empieza ahora, ni que estamos ante la mayor de las crisis conocidas históricamente. Es que hasta ahora la Tierra no tenía la capacidad de duplicar su desbordante demografía en treinta y seis años; ni de los cien primeros productos vitales, había más de treinta en trance de agotamiento irreproducible en menos de medio siglo. Nunca la técnica y la táctica de la penetración en casa ajena había logrado un perfeccionamiento tal, que el aislamiento—normalmente rechazable pero salúfero en tiempos de epidemia—fuera imposible, con la secuela de que ninguna fortaleza estatal puede resistir la presión de las fuerzas anónimas y poco vulnerables por los «santuarios inviolables» desde los que abarcan muchas veces perceptibles en los veterrimi hostes de los agredidos. Y no se diga que la técnica y la solidaridad contrarrestan aquellos males. La técnica presenta problemas como las del auge de la población no productiva; la solidaridad va envuelta con las inmixiones y los condicionamientos. No es sólo el equilibrio ecológico el roto por doquier. Todo el equilibrio internacional, en su sistema conocido y no reemplazado se tambalea, y si aún no ha caído es por la inercia de los tesoros acumulados en los siglos anteriores ahora despreciados.

* * *

La verdad es que sobran las recetas de fácil formulación pero de difícil aplicación. Antes de detallar sobre ellas vamos a contentarnos con reflexiones menores pero no inútiles. Y es que los pueblos que no dictan la Historia, sino que, como España, aspiran a vivir, no sacrificando más de lo que otros en sus circunstancias han de defenderse, combinando las colaboraciones universalistas—con los ligados a ella por coincidencia de rasgos o intereses—con la autodefensa por sus medios, sin caer en la trampa de quienes, por enésima vez le exigen y señalan pautas sin reciprocidad ni generosidad. La España actual, que en su ámbito interno desea transitar constructivamente hacia nuevas fórmulas constitutivas, no puede comprender que los colosos «demócratas»—respecto del prójimo, no en sus solares—, que bien o mal transigían con las anteriores pautas constitutivas del Estado español, al menos respetándole, de pronto se sientan inflamados por un celo más fanático que democrático y quieren trasladar a este ángulo del sudoeste europeo las exigencias de los viejos protec-

torados, borrados con las descolonizaciones. Al mismo tiempo procuran que el «chapuzón democrático» del neófito vaya acompañado de su ruina de actividades para ellos competitivas y de bandazos intranquilizadores para la paz del catecúmeno; que, eso sí, le darían nuevas ocasiones de fulminar anatemas, exorcismos y, como remoto, intervenciones fructíferas.

* * *

Al precio de devenir una «colonia» de la Europa proteccionista, con peor trato que los países del ACP, la «llegada» a esa Europa—porque en la real y de siempre está España desde siempre—no parece una meta estimulante. Ni la de servir de «peón» a ninguna combinación que se presente como globalmente defensiva, cuando es más bien «ofensiva» para menores que no la amenazan. Los españoles no podemos olvidar el trato adverso y confluyente—de los areópagos y de ciertos poderes—recibido en mil ocasiones; la más reciente con motivo de la descolonización (?) del Sahara. Ni la dualidad de posturas para mejor decidir a los pueblos hermanos que comparten la península, y para mejor alejarlos de los de su estirpe, paralelamente penetrados, aunque cada vez más difícilmente. Ni la erección en sus fronteras de focos de agresión continua contra la paz civil. Ni los ataques ¿también democráticos? a centros, productos y aun simples personas, en ambientes que presumen de adelantados. Poco tiene que agradecer España en su exterior, o si no puede volverse de espaldas a éste tan poco tiempo, por qué precipitarse hacia él, por lo menos sin hondo, meditado, discutido y prudente estudio de los beneficios y de los inconvenientes de cualquier paso que dé. Concursos ingenuos o gratuitos, no. Reciprocidad primero, que ya podrá venir luego lo demás.

J. M. C. T.

ESTUDIOS

31 11 1991